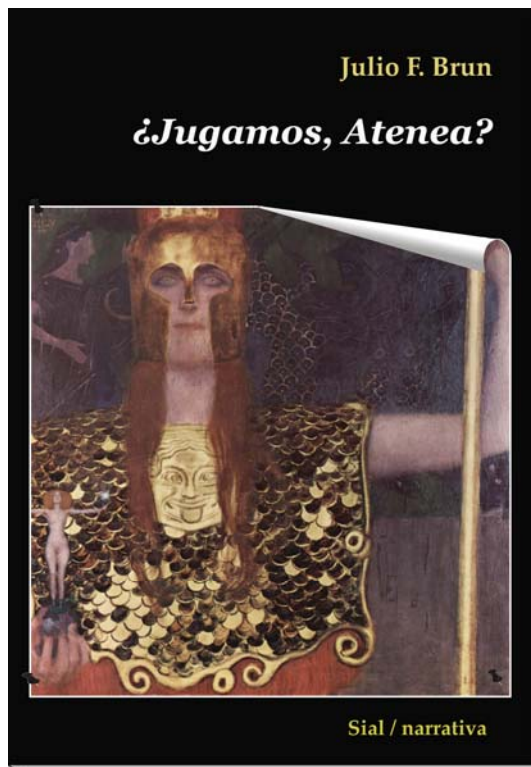




¿Jugamos, Atenea?

Una novela de Julio F. Brun

Prólogo de Carlos Alvar

Sial Ediciones

Discurso de presentación

Yo no pertenezco a este mundo. A pesar de mi edad, yo nací en un mundo que dista más de trescientos años de éste. Rodeado de altas montañas, las comunicaciones con el mundo exterior se redujeron durante siglos a un largo y sinuoso camino carretero que muy pocos se atrevían a transitar. De hecho, casi nadie lo precisaba, pues, a excepción de a un par de aldeas, aquel angosto camino no llevaba a ninguna parte. Un afilador de cuchillos, que aparecía todos los años empujando una estrafalaria bicicleta, y que se parecía más al flautista de Hamelín por la cantidad de niños que congregaba la llamada de su chiflo. Un intermediario, o zángano ladrón, que acudía dos veces al año, en busca de los corderos y novillos que los laboriosos aldeanos engordaban para él. Algún vendedor ambulante que,

como en Macondo, engatusaba a las mujeres con artefactos nunca antes vistos en una cocina, y con rollos de tejidos estampados en colores imposibles. El conductor del coche de línea, que también hacía de farmacéutico y cartero, y que recorría dos veces por semana, y en tan sólo cinco horas, los cien kilómetros que nos separaban de la ciudad. Y, como máximo representante de la jerarquía religiosa, aparición que mantenía viva entre los pobladores la creencia de que verdaderamente existen los milagros, muy de cuando en cuando, y con objeto de confirmar a los últimos feligreses, su Eminencia el señor Obispo.

Aquellos, y algún que otro cazador ocasional, eran los únicos extranjeros que se aventuraban a salir de La General, para penetrar en el recóndito mundo donde nací.

No me gustaría, sin embargo, que ustedes adivinaran algún tono de queja en mis palabras; porque, aunque es cierto que el Destino podía haber sido más generoso conmigo y haberme soltado un poco más al norte, en el palacio de Buckingham pongamos por caso, cuando me di cuenta de que lo que crecía en mi derredor no era fino césped sino pasto, no me ganó el desánimo y fui metiendo en el morral vivencias y recuerdos que hoy me saben a ambrosía. También me afané en descifrar los signos que llegaban desde el exterior, porque si bien las montañas y la pobreza eran barreras para el tránsito de hombres, no suponían ningún obstáculo para el resplandor que producía la ciudad. Ni para los libros, que aunque escasos, llegaban de vez en cuando a la escuela.

Por desgracia, el maestro era un enemigo declarado de la cultura y a mí no me quedaba más remedio que entrar temblando de miedo antes de que se anunciara el alba, y volver a temblar cuando, ya leídos, volvía a violentar la ventana de la escuela por la noche, para devolverlos a su lugar. Sólo uno no ha vuelto aún a su estantería, y es que el terror que me producía el ser sorprendido con él dentro de la escuela, era ligeramente superior al que inevitablemente me asaltaría cuando el señor maestro descubriera su falta. El Decamerón, libro entonces prohibidísimo para los jóvenes, sigue aún escondido en alguna de las muchas hornillas que tiene la pared de la dehesa por el lado de San Juan.

Estos libros, y muchas novelas del oeste pobladas de “rudos y violentos personajes, cuyas salvajes pasiones sólo podían ser frenadas por una cuerda o una bala”, los devoraba yo con avidez, mientras las ovejas pastaban mansamente por donde las llevaba su querencia, y no por donde me había mandado mi padre. Para mitigar un poco la soledad sobrevenida, que al no ser yo hidalgo en busca de despechados amores, comprenderán ustedes que no era deseada, me había regalado mi madre una radio que también captaba el resplandor de la ciudad.

Un día que no pude aguantar más tanto deslumbramiento, me subí al coche de línea y, en tan sólo cinco horas, crucé los trescientos años que nos separaban del mundo actual.

A mis padres, que tenían trabajo de sobra y supieron prescindir de mí cuando más falta les hacía, es, por tanto, a quienes en primer lugar debo este libro.

También he contado con el apoyo de unos pocos amigos. Por reconocerles públicamente sólo alguno de sus atributos, el más valioso ha sido Carlos Alvar, quién, robándole tiempo a ocupaciones mucho más importantes, ha tenido la deferencia de prologarlo y de darme los consejos necesarios para llevarlo a buen puerto.

El más entrañable ha sido Jorge, un amigo al que siempre he encontrado cuando lo necesitaba, sobre todo para darme ánimo y aliviar la mucha ansiedad e incertidumbre que siempre acompañan a la publicación del primer libro.

Ustedes habrán oído decir, sin duda, que aún siendo buenos, muchos libros se quedan sin ver la luz, por no tener padrino. Yo también lo creo así, y tengo que confesarles que este libro sale a la luz gracias al incondicional apoyo que siempre he recibido de Carlos y de Jorge: espero que hayan visto en mí algo más que a un amigo.

Fuera de la trastienda del libro, ajena a todo, tengo que hacer pública aquí una deuda que hace tiempo contraje con la escritora Rosa Montero. Recién llegado de un viaje por el Amazonas, tuve la osadía de enviar un reportaje, compuesto por texto y fotos, al País Semanal. Estaba firmemente convencido de que las fotos gozaban de la calidad y el interés necesarios para su publicación, pero tenía serias dudas de que ocurriera otro tanto con el

texto. De hecho, era tan baja mi estima, que incluso me permití el atrevimiento de sugerir qué párrafos podían ser guillotizados sin piedad, en el caso de que tuvieran limitaciones de espacio. Imagínense mi sorpresa cuando la mismísima Rosa Montero, por entonces directora del citado semanario, me dijo que iban a publicar el reportaje “con un par de fotos o tres, y el texto completo”. Es evidente que, como el noventa por ciento de los españoles, yo también había pensado escribir algún día un libro, pero sólo después de aquella conversación, encontré la fuerza suficiente para empezar.

Y ya ven, al parecer mi osadía no tiene límites, porque aquí me encuentro, citando sin pudor a escritores de la talla de Rosa Montero y de Antonio Machado. Ciertamente, a Antonio Machado no lo había citado aún, pero creo que en el prólogo a sus “Páginas Escogidas” escribió que lo que en ellas encontraríamos no es todo lo que había intentado decir, sino lo poco que había conseguido. Yo he querido escribir una novela irónica y divertida, pero al mismo tiempo comprometida y veraz. Si lo he conseguido, me lo tendrán que decir ustedes. Yo sólo les puedo decir que tiene el sabor de la zarzamora, y que me he divertido mucho escribiéndola.

Espero que les guste.

Madrid, 8 de junio de 2007
Biblioteca Pública Manuel Alvar